

# Epílogo

*Carlos Pereda*

En este primer cuarto del siglo XXI, la palabra “democracia” se ha vuelto parte de una bandera *tan* compartida que ya es difícil encontrar gente que no la comparta, aunque a la vez cada día, de situación en situación, crece más el descontento con circunstancias sociales que se cobijan bajo tal bandera. Quizás por eso respecto de ese abarcador, pero precario –y no pocas veces *muy* precario– consenso político valga la pena tener en cuenta el teorema respecto de cualquier consenso y su consecuencia: cuanto mayor es el acuerdo *en general*, tanto mayor suelen resultar los desacuerdos *en particular*; y cuanto menos se trabaja esa tensión, tanto más el consenso general se reduce a un consenso vacío.

Consecuencia peligrosa: consensos vacíos tarde o temprano confunden y enredan. Con frecuencia suelen convertirse incluso en trampas tanto teóricas como prácticas que hasta deforman los mejores pensamientos y hacen fracasar los proyectos más fundamentados, porque con su falta de claridad y

precisión multiplican la desorientación que producen las falsas unanimidades, y dan cabida al “todo vale”.

Por otra parte, notoriamente, lo que en concreto se tiende a entender por democracia suele variar con irritante radicalidad, tanto en el tiempo como en el espacio. Más todavía, entre quienes levantan la bandera “democracia” ni siquiera se excluye la lucha entre posiciones contradictorias, y en algunos casos, perversas. De ahí que se imponga una urgencia cuando nos enfrentamos a cualquier consenso en torno a la democracia: hay que exigir especificaciones, pedir detalles sobre las virtudes y vicios de sus agendas y multiplicar el análisis concreto que no excluya descripciones de situaciones-tipo que subdeterminen un poco la generalidad propuesta.

Precisamente, la primera virtud de este libro, *Diseño institucional e innovaciones democráticas*, que coordinan con su habitual competencia y no poca sabiduría, Anna Estany y Mario Gensollen, es determinar, o al menos subdeterminar de algún modo, lo que debe entenderse por democracia discutiendo una serie de diseños institucionales relativamente precisos sin los cuales no se puede construir un mínimo de convivir democrático. Por eso, desde el comienzo de la *Introducción* ambos editores enfatizan que hablar de diseño institucional es hablar de reorganizaciones y reformas que, con intención, se llevan a cabo en una sociedad. Se trata de planificar con un conjunto de intervenciones; estas buscan realizar programas sociales que se consideran moralmente justificados, y de la mayor utilidad tanto de manera colectiva como individual.

Además –en no pocas de las contribuciones de este libro se deja de razonar o sugerir– si no se realizan ese tipo de intervenciones, pronto toparemos con un régimen político débil o fallido o hasta opuesto a los ideales en principio compartidos. Felizmente, como parte de esta primera virtud, en la serie de diseños institucionales que se nos proponen, no solo encontramos los temas políticos previsibles (por ejemplo, acerca de ciertos métodos de votación), sino que estos son tratados de una manera novedosa y que suscitan muchas preguntas que dan que pensar. Sin embargo, a menudo es discutible si en una de las llamadas “democracias realmente existentes” su funcionamiento no pide de vez en cuando ayudas, y hasta las necesita desesperadamente. Por ejemplo, frente al descrédito generalizado de los partidos políticos en muchos países ¿acaso no conviene escuchar, por un lado, los reclamos de los movimientos sociales, incluyendo de los más minoritarios y, por otro lado,

también llevar a cabo consultas plebiscitarias que introduzcan sacudidas inesperadas pero vivificadoras del convivir democrático?

No cabe la menor duda: no solo hay que indicar que una democracia raramente ha prosperado acallando voces. También conviene recordar, como lo hace Jordi Vallverdú en su capítulo “El malestar en la democracia”, y como se lo ha hecho ya al comienzo de este breve epílogo, que frente a la democracia estamos ante el régimen político que si bien suscita hoy amplios consensos *generales* es tal vez el régimen político más inestable como resultado de las prácticas *particulares* que realiza una ciudadanía compuesta por agentes semejantes-diferentes y hasta disidentes, con deseos e intereses a menudo contrapuestos y con fuertes emociones que no excluyen las emociones contradictorias, sin excluir deseos y emociones en contra tanto de la democracia en tanto régimen político, como más abarcadoramente también en contra de la cultura democrática.

Por supuesto, en estas páginas encontramos también bienvenidas propuestas de soluciones a problemas que a veces –con gran error– no suelen considerarse como materiales que se necesitan para construir una democracia, por ejemplo, las políticas de la investigación científica. Respecto de estas, Alberto Ross y Fernando Leal estudian diversos modelos de política científica, priorizando –y lo aplaudo– los modelos que enfatizan la horizontalidad: la participación ciudadana, y no las imposiciones que hacen perder tiempo y dinero y hasta solo priorizan lo más vistoso –lo que se publicita como lo más vistoso–.

Entre otros materiales que tampoco se consideran como constituyentes de una democracia, este libro también aborda el cuidado de la naturaleza, la organización del espacio digital como espacio público, así como los planes para una urbanización que no excluya a grupos de la población de poder participar en la esfera pública, por vivir en lugares relativamente desamparados a los que obligan vivir las desigualdades económicas. Al respecto, es de la mayor utilidad, de la mano de Alberto de Pineda, reflexionar con cuidado las situaciones extremas que plantea su contribución “La arquitectura de los equipamientos públicos”, no como una dificultad meramente funcional, sino como un problema que atañe al buen convivir –a los espacios en que la gente se relaciona–, incluyendo los espacios en que la gente se relaciona con la enfermedad y con la posibilidad de enfrentarse a una muerte digna. (De ahí la importancia del diseño de hospitales.)

Felizmente, a este libro se le pueden atribuir muchas otras virtudes. Una segunda virtud de esta discusión sobre diseños e innovaciones de las instituciones democráticas consiste en que no se trata solo de una antología que expone fragmentos del “estado de la cuestión”. Más bien, estamos ante un juego complejo de voces que, sin coincidir por completo en sus propuestas, no son asesinas. Porque ninguna de estas voces quiere suprimir a las demás: el énfasis en el enfoque cognitivo no va en detrimento de la exhortación a participar con entusiasmo en diversas organizaciones civiles que luchan en contra de las desigualdades sociales; las preocupaciones que surgen al atender las muchas dificultades del presente no borran del horizonte las preocupaciones por una “gobernanza anticipatoria”; la atención a lo nacional y hasta a lo local no impide tener en cuenta horizontes internacionales, como lo hace Enrique Camacho Beltrán con su contribución “Los límites del diseño fronterizo”. Frente a la clásica alternativa entre el deseo de no poca gente de fronteras abiertas y la realidad de fronteras a menudo rigurosamente amuralladas, la o el lector no solo se preguntará: ¿qué diseño fronterizo puede ubicarse a medio camino entre esos extremos? También esa o ese lector atribulado indagará sobre qué diseño fronterizo es posible entre el arraigo de cierta política internacional imperante y los valores de una democracia.

Hagamos el siguiente experimento de pensamiento: supongamos que establecemos un eje entre modos de pensar cuyos extremos son la lógica de las continuidades y rupturas, por un lado y, por otro, la lógica del todo o nada. Como continuación y ahondamiento de la virtud anterior, enfatizo como una tercera virtud de esta colección de trabajos el hecho que la mayoría de las aportaciones, si no es que todas las aportaciones, aunque prefieren razonar según la primera lógica, cuando es inevitable, no rehúyen la segunda lógica. De esta manera enfrentamos un pensamiento denso, pero de caso en caso analítico y focalizado, con una particular sensibilidad por lo singular y diferente sin olvidarse de los horizontes que enmarcan esas singularidades.

Una cuarta virtud, que me sorprendió gratamente, es el intento de establecer puentes –puentes constantemente imprescindibles, aunque a menudo difíciles de transitar– entre la investigación rigurosa, el activismo político y la responsabilidad institucional. Respecto de la atención a esta última son buenos ejemplos, aunque no solo, la entrevista de Estany a un exalcalde de la ciudad de Barcelona, y la entrevista de Gensollen a una exalcaldesa de la ciudad de Aguascalientes. En ambos casos no solo se trata de una cortesía –que

también lo es— sino de un gesto más de integración ciudadana: mostrar que los profesionales de la política y los profesionales de investigaciones como estas, incluso en sus dimensiones más teóricas, aunque no pocas veces tengan que discrepar y aceptar correcciones, deben decidirse: o trabajan como parte de la misma empresa en busca del buen convivir ciudadano, o son farsantes o algo por el estilo.

Todavía me demoro en señalar una quinta virtud que mucho aprecio de las diversas contribuciones de este libro a veces arduo de comprender en sus detalles, pero en ningún momento carente de interés. Es probable que algún lector escéptico, o meramente perezoso, al leer, por ejemplo, los trabajos de Wenceslao J. González, de David Casacuberta o de Cristian Moyano y Ángel Puyol —o casi de cualquier otro de los desafíos de este libro— señale: “Tal vez lo que ustedes teóricamente proponen sea correcto. Tal vez los diseños y las innovaciones que elogian sean pertinentes y se encuentren respaldadas en razones científicas sólidas. Pero, de hecho, en la práctica, no las podemos considerar o sería muy trabajoso considerarlas. Por razonables que sean vuestras propuestas, de hecho, no hay alternativa. Las sociedades son menos moldeables que el hierro. Hay que seguir como estamos. Cualquier cambio es para peor”.

Frente a alegatos pseudo-realistas o, más bien alegatos de la razón arrogante como este, al releer muchos de los trabajos de este libro se me han vuelto a reafirmar tres máximas metodológicas en contra de la soberbia o del mero cansancio que aconseja asumir tal razón, que son, al mismo tiempo, máximas de honradez ética y política. Son las siguientes exhortaciones:

1. *No dejes de suponer que hay opciones a lo que hay.* Supongamos por un momento que se señala con demasiada firmeza (esa cualidad tan definitoria de los ejercicios de la razón arrogante): “frente a los diseños de las instituciones actuales (no importa que se trate del género, de las fronteras o de los hospitales) no existe alternativa”. Entonces, hay que de inmediato replicar: “su afirmación no es el final del camino, ni el final del pensamiento, ni mucho menos el final de la imaginación. Pues sin duda no existe alternativa para usted o para ustedes o, al menos, en este momento en la cultura en la que ustedes habitan, no parece haberla. Pero no conviene descartar que, si se busca con inteligencia, esforzadamente y sin miedo a riesgos que a menudo parecen mayores de lo que son —esos fantasmas con que con frecuencia se asusta a las ciudadanías—, es probable

que en algún momento aparezca no una, sino varias opciones directas o indirectas a las prácticas actuales”.

2. *No esperes soluciones mágicas.* Muchos de los trabajos de esta colección de manera explícita o implícita señalan los varios obstáculos y dificultades con que se topa cualquier práctica que no se rija por la regla de la adición “siempre es bueno más de lo mismo” y, así, que de antemano elimine posibilidades al diseñar más o menos novedoso, y a las no pocas innovaciones que es posible emprender. Por eso, vale la pena no confundir lo que significa actuar con responsabilidad con resignarse a soluciones simples y rápidas. Las soluciones simples y rápidas conviene dejarlas para los acertijos infantiles y para los *shows* en los que actores se disfrazan de magos y, para pasar el rato y divertirnos, suspendemos nuestra incredulidad. Los problemas sociales y sus posibles soluciones o disoluciones son de otra índole.

Pero, sobre todo, hay que escuchar con atención, y procurar ponerla en práctica, a la siguiente exhortación que busca hacerle frente, con humildad y valentía –la buena mezcla en cualquier actuar– a las demasiado atendidas seducciones de la razón arrogante:

3. *Que tus quejas no te conduzcan a envolverte en un manto de pretensiones de burla que no son más que de cegueras y de resentimientos. Involúcrate.* No esperes que las y los otros diseñen a solas tu sociedad, sus instituciones y sus prácticas, y así, tu vida.